

## “Viajero, ve a Bocairente y dí a España...”



Cuando alcancé el “uso de motor”, que “no de razón” abrí los ojos a un mundo insospechado: Los Pueblos de España. Jamás pude pensar lo que enseñan los caminos, las gentes, las posadas, las ermitas los “ornos de pan cocer” (escrito a la vieja manera), las catedrales, los mercados, las fábricas... No entiendo por qué, a mí todos me hablan. Así, he escuchado lo que tenían que decirme las piedras de sillería, firmadas; he seguido las hermosas historias que guardan los capiteles de los claustros; he entendido el morse de las hojas, en las copudas “olmas” solitarias, en torno a las cuales tomaban asiento, antaño, los concejos; he sentido el grito de la ruina ya sin vida y la desesperación del arco que sostenía con sus brazos desnudos la clave - el corazón - de su vida cansada; y el mosto lo jugué al dominó en las tabernas; he descansado los ojos en el laborío de las hormigas y mis oídos en las mil partituras que los pájaros cantan... La geografía de mi patria ha sido el libro más hermoso de mi vida. Más, como tiene alrededor de ocho mil capítulos - la cifra exacta de pueblos, no la conozco - sabía de antemano que tal “lectura” no se acabaría nunca. (No es fácil pasar la página, cuando la siguiente se halla a unos cuantos kilómetros).

Un bocairentino ejemplar, a quien debo uno de los mejores capítulos de este hermoso libro de la vida, observaba mi manera de cabalgar - espoleando una “Vespa” - por esta tierra, tan apretada de emociones y silencios. Y un buen día me escribió, invitándome a su casa. Obligaba la fecha: “Debía ser allá por San Blas”.

Poco sabía de Bocairente. Una cita de la vieja “Historia de España”, de Altamira, me acercaba a sus cuevas prehistóricas, singulares. En Palencia me hablaron, por reflejo, de “un buen lugar de mantas”. Y en Valencia, durante el éxtasis frente a la obra de Juan de Joanes, del “adios a la vida” del maestro cuando había doblado el cabo de los setenta años. Más, empecé a recibir sin desmayo los envíos de la excelente revista MOROS Y CRISTIANOS que, por peso y tamaño, debían costarle una fortuna al bueno de Antonio Puerto, y “un San Blas”, fuí.

No conocía a mi gentil invitante. Quedamos citados pues “a la caída, en la subida”. El juego de palabras, me condujo “a la caída de la tarde”, al lugar “desde donde se sube hacia la villa”. Justo al pie del monumento al mantero... Nos conocimos enseguida. Abrazo y gratitud, iban de boda.

Teníamos dispuestos un balcón en casa de unos amigos de Antonio, cuyos rostros guardo aunque sus nombres los tenga perdidos. Pero ¿qué pasa en Bocairente? ¿por qué es cordial todo el mundo? ¿Qué ocurre en las ciudades “en cuesta”, que las gentes son más cariñosas más amables, más comprensivas?. (Igualmente en Toledo, Tarazona, Albarracín, Alcañíz)... Cada vez que llego a un lugar de tal manera dispuesto, digo a mis piernas: “¡Arriba! Ya sabeis que si cuesta, place”.

¡Que noche Señor! Una de las más sorprendentes de mi vida... Aquella ascensión lenta de “las filaes” hacia el cielo. Este ritmo imperturbable de las legiones, los tercios y las mehalas, del que sólo el humo de los habanos escapaba sin disciplina. Uniformes de fantasía oriental, junto a la severidad de los nuestros. Capitanes con aire de ballet, inventado para esa tarde. Y regalos, gritos, bandas de música: un festejo indescriptible. La mirada no llega a tiempo para hacer prisioneros tantos detalles. En cada rostro, un cuadro de complacencias: quien desfila, lo hace con gusto; quién contempla, aplaude con entusiasmo; quién recibe, sonrío con gratitud. Todo Bocairente se da a los demás esa noche. Se respira una lección de fraternidad que no se encuentra en los libros. ¡Jamás olvidaré ese arco iris que funde los colores de los Españolitos, los Moros Viejos, los Contrabandistas, los Granaderos, los Moros Marinos, los Zuavos, los Marroquíes, los Mosqueteros, y los Estudiantes!. Barbas postizas que parecen suspendidas del horizontal cigarro - puro; mosquetes, trabucos, picas, navajas de metro y aún; vistosas capas, valonas, catites, tunantes con lapicero - garrocha, mantas de camino. No falta un detalles. Y, por si fuera poco, el recuerdo para los niños: camiones cargados con juguetes y dulces.

No sé donde leí que "a fuerza de habitar nuestro suelo durante siete siglos, los monarcas agarenos llegaron a ser más reyes nuestros que los Austrias y Borbones, que no han conseguido coronar - valga el doble sentido - la cuesta de los quinientos años". Quizá por eso, tiene el desfile tanto de humor como de homenaje. Sin embargo, hay más: la procesión de las velas, estremecidas de invierno, y en sentido inverso - de arriba hacia abajo - la tarde del 3 de febrero. Los hijos del pueblo en edad militar han regresado, y esa noche forman sin jefe, descubiertos - la gorra tendida sobre el brazo - con un paso grave, fuerte, serio y un grito hermoso para el cielo - "VITOL AL PATRO SANT BLAI" - que estremece.

San Blas preside. ¡ Y es tan distinto éste de Bocairente al de la iconografía castellana, donde lleva continuamente su mano angustiada a la garganta. Allí es un santo gótico, vertical; aquí, un santo cristiano, de brazos abiertos. El guión pintado por Sorolla y que durante mucho tiempo se negara a firmar, por miedo "a no saber pintar santos" - poseía su paleta todo los azules del mar, pero no le quedaban ya azules para el cielo - alberga todo: hasta "el punto redondo, trás lo que dijo Blas", orificio de una bala perdida.

Me sorprendió el tesoro de la Iglesia Parroquial dedicada a Nuestra Señora de la Asunción, donde vive el recuerdo de Juan Macip que, enamorado del nombre, quiso ser plural de sí mismo: Joan de Joanes. (También poeta de los azules - en este caso "azules del cielo" - que enseñó a los seis ojos - pintores de sus hijos: Vicente Joanes, Dorotea Joanes y Margarita Joanes)... y otro Juan - San Juan de Ribera - habita en las palabras, en el caliz famoso y en la capa pluvial.

Paseo con Antonio, los alrededores. Caminamos hacia las Cuevas y me relata sustos de chiquillo con hallazgo de huesos antiguos. En las "Covetes dels Moros" quedo sorprendido con ese aire imposible de "bunker", para medio centenar de ametralladoras. Quizás por ello, hablamos de la "Acción de Bocairente" donde, el menudo Weyler, acrecienta su fama. España, como siempre, se desangraba en

tres guerras a un tiempo: la carlista, la cantonal y la filibustera sobre el caimán despierto que se llama Cuba. No podemos entrar en la plaza de toros - coso de roca - que, posiblemente, puede lucir el título de "la más alta de España".

Otra noche, paseamos el barrio medieval. Llegamos hasta la plaza de la Canterería. Aún suena en mi pecho el ritmo descendente de los escalones y el coro de tanta fuente menuda. Y la albura de las casas encaladas, en mis ojos. Y el verde no marchito de los balcones adornados con tiestos, en mi olfato.

Queda aún "la noche de la batalla" en la plaza profunda como un pozo, pero abierta a un cielo de estrellas. Ladinos embajadores invitan a la rendición de la fortaleza. Moros y Cristianos se turnan en el asedio. Y llegan a las manos, envueltos en esa droga antigua que enloquece y que se llama pólvora.

Por sí fuera poco todo lo descrito, Bocairente me brinda su magia. Nos invitan a una casa donde reina la amabilidad. En la zona posterior - frente al castillo de los desafíos - quedamos colgados sobre el abismo de una altura respetable. Es imposible adivinar el misterio de cada rincón de esta impensada ciudad.

Me voy de Bocairente casi llorando. No entiendo qué hermosa sirena sin mar, me ha conquistado. No soy Ulises; viajero, sí. Al alejarme, en una esquina evoco la ciudad de Cuenca. en otra, Sepúlveda... Y todo tiene un aire de Machu - Pichu habitado, impresionate. Los bancales, más breves, recuerdan "los andenes" que han dibujado los espolones de en cóndor gigante, en el vientre de los Andes.

Deberíais abrir un concurso millonario a todos los pintores del mundo, para que acudieran en peregrinación hasta la orilla de esta "Ciudad encantada". Deberíais colocar una oriflama sobre el asta de la iglesia, para que cada viajero pronuncie un VITOL y San Blas, por siempre, proteja su gritadora garganta.

José Luis Pecker